

## LA PANDEMIA EN SUS CIRCUNSTANCIAS EN ESPAÑA

Por el Académico de Número  
Excmo. Sr. D. Julio Iglesias de Ussel\*

*En los tiempos antiguos una terrible pestilencia contaminó el aire del Lacio, y los cadáveres blanquecinos se descomponían, lívidos de podredumbre. Cansados de funerales, cuando vieron que de nada servían los intentos humanos, de nada el arte de los médicos, buscaron el auxilio divino; se dirigieron a Delfos, que se encuentra en el centro del mundo, y rogaron al oráculo de Febo que quisiera poner remedio con un salutífero responso a tanta miseria, y que pusiera fin a la calamidad que sufría una ciudad tan grande*

Ovidio, *Metamorfosis*

*La dernière démarche de la raison est de reconnaître qu'il y a une infinité de choses qui la surpassent.*

Blaise Pascal

*Lucie! Est-ce que nous parlions beaucoup de nos morts? Nous n'avions pas le temps de les enterrer, même dans nos coeurs*

Jean Paul Sartre, *Morts sans sépulture*

---

\* El presente texto forma parte de otro más amplio que fue expuesto resumido en la sesión del Pleno de la Real Academia el 15 de junio 2021 y se presenta ahora con mínimas adiciones.

## INTRODUCCIÓN

Examinar esta pandemia obliga a hacerlo con precaución y respeto; no es pequeño su terrible balance<sup>1</sup>. Se trata de uno de los veinte episodios más mortíferos de los últimos 700 años, desde la peste negra (Jordá 2020) y desde luego el acontecimiento más importante desde el punto de vista colectivo de esta primera parte del siglo XXI. Una epidemia que ha ocasionado millones de muertes en el planeta, que ha lanzado al paro a ingentes cantidades de personas, confinado en sus hogares a la humanidad, colapsado la economía e instalado en la tristeza, preocupación e incertidumbre de un futuro de no se sabe cuanta duración a una población atemorizada por su supervivencia física y en buena medida por su penuria económica real o temida a corto plazo. Ha puesto a la humanidad frente al espejo de sus desconocidas debilidades. Un mundo que guarda en su memoria dramas bien recientes, como las Guerras Mundiales, con su reguera de sufrimientos durante y después de ellas. Al inicio de la segunda guerra, en mayo de 1940, millones de personas belgas, holandeses, luxemburgueses y franceses, escapaban a los invasores alemanes desplazándose hacia el sur de Francia con un desorden indescriptible en el que se estima que 90.000 niños no encontraron a sus padres. Una masa inmensa de entre ocho y diez millones de personas —casi un cuarto de la población francesa de la época— huyeron por todos los medios posibles, que fueron fácil presa de bombardeos a baja altura, que ocasionaron más muertos, unos 100.000, que las propias operaciones militares en ese país (Pasqualino 2020, pp. 177-178).

Pero la humanidad huye de la memoria de los dramas experimentados lanzándolos a los archivos del tiempo: «en el mundo del optimismo globalizador el concepto de catástrofe fue progresivamente arrinconado, aunque ha hecho amagos de provocar debates coetáneos cuando ha tenido efectos sociales innegables. Accidentes nucleares como Chernobil (1986) y Fukushima (2011), huracanes como Katrina (2005), maremotos como el del Pacífico (2004), plagas como el Sida (1983), la gripe aviar (1999-2009) o el virus ébola (2014),

---

<sup>1</sup> La Real Academia de Ciencias Morales y Políticas ha hecho ya una consistente, variada y muy valiosa aportación de calidad al estudio de la pandemia, con numerosas aportaciones imprescindibles para su conocimiento. Me corresponde por tanto agradecer la luz que han abierto con sus estudios, entre otros, a Benigno Pendás, Ramón Tamames, Juan Velarde, José Manuel González Páramo, Helio Carpintero, Pedro Cerezo, Olegario González de Cardedal, Adela Cortina, José María Serrano, Juan Díez Nicolás, Pablo Lucas Murillo de la Cueva, Emilio Lamo de Espinosa, José Luis García Delgado quien además del libro «La economía española y la pandemia», ha impulsado numerosos trabajos promovidos por el Círculo Cívico de Opinión; Santiago Muñoz Machado quien también ha promovido números estudios y números monográficos de la Revista que dirige —*El Cronista del Estado Social y Democrático de Derecho*— varios de ellos monográficos sobre «La vacunación contra el virus», además de su propio libro sobre *El poder y la peste de 2020* (2021). Si a ello se añaden las aportaciones hechas por otros Académicos en los debates de las ponencias y en sus colaboraciones en la prensa, todo ello es una excelente prueba de su rigurosa dedicación al análisis de actualidad que nos han suministrado ya una excelente radiografía del fenómeno, de la que mi propia intervención se ha beneficiado pero lamentablemente no repetirá su gran nivel, ni sus ricas aportaciones, sino se fijará en aspectos no centrales de los anteriores.

han puesto en alerta al mundo. Pero nunca había tomado los tintes apocalípticos que ahora ha adoptado con la irrupción en nuestras vidas del Covid-19» (González Alcantud 2020 pp. 25 y 26). Cada nuevo drama, activa con novedad el pesar, la incertidumbre y la sorpresa de los siempre confiados ciudadanos.

En ocasiones, incluso acontecimientos meramente locales aunque de indudable gravedad, se convierten en mundiales por sus propias peculiaridades. Un ejemplo notorio fueron los atentados terroristas el 11 de septiembre de 2001 en las Torres Gemelas de Nueva York y en el Pentágono de Washington. Mas que por el alto número de asesinados, su repercusión mundial tal vez se debió a la novedad de un atentado en USA, capital del Imperio, o a las implicaciones de política mundial latentes en aquellas acciones, como la intervención en Irak, y la convicción en las consecuencias también mundiales que tendría la respuesta a aquellas acciones, como en efecto ocurrió con, entre otras, la intervención en Afganistán. Unos hechos por cierto analizados poco después con lucidez por, entre otros, Fernando Vallespín, González Seara o José Ignacio Wert (todos en: Sáenz de Miera, 2004). Pero se sabe poco de la teoría de las catástrofes en el ámbito de las ciencias sociales y menos aún de sus efectos, su gestión y su duración (una aproximación clásica en Woodcock, Alexander y Davis, Monte, 1986).

La gravedad de la pandemia lo evidencia múltiples parámetros: su incidencia mundial, el número de fallecidos y la novedad, nunca experimentada en épocas recientes y con semejante magnitud, de un confinamiento mundial. A falta de otras estimaciones, conviene recoger las siempre fiables realizadas por *The Economist* (15 mayo 2021). Utilizando datos conocidos sobre 121 variables, desde las muertes registradas hasta la demografía, elaboraron un modelo de correlaciones que les permite rellenar los huecos donde faltan cifras. Su modelo indica que, a esa fecha, el covid-19 ya se había cobrado entre 7,1 y 12,7 millones de vidas. Su estimación central es que han muerto 10 millones de personas que de otro modo estarían vivas; una cifra de «exceso de muertes» que triplica el recuento oficial, que sin embargo es la base de la mayoría de las estadísticas sobre la enfermedad, incluidas las tasas de mortalidad y las comparaciones entre países. Se trata de un terrible legado porque se ha originado en un año, si se tiene en cuenta que el SIDA en varios años llegaría a matar 30 millones (*El País* 6 junio 2021).

A 1 de junio de 2021, las estimaciones oficiales de España establecen que se han producido 80.049 fallecidos, una cifra que no incluye los que murieron durante la primera ola debido a no haberles hecho los análisis oficiales que confirmaran la causa concreta del deceso. Con las estimaciones de entonces del INE, la cifra hay que situarla en 100.000 fallecidos. Una dramática catástrofe. Una cifra, por fortuna, que se sitúa en la mitad de la ocasionada por la Gripe mal llamada española en nuestro país, que en un año ocasionó la muerte de 250.000 personas, cuando la población total de España era la mitad de la

actual. Una cifra de fallecidos que superan con mucho la de los avatares en Cuba y Filipinas, que tanta conmoción causaron a finales del XIX en España. Pero ojo: la incidencia demográfica de la gripe de 1918-19, tuvo más alcance que sus propios números, pues afectó sobre todo a jóvenes de 20 a 39 años y no a los mayores seguramente porque estos se encontraban ya inmunizados por las epidemias anteriores del siglo XIX. Por eso la del Covid cuya mortalidad ha sido sobre todo de mayores, desde el punto de vista directamente demográfico su incidencia puede ser menor o más corta, aunque la crisis económica con la que se solapa puede incrementarla.

Un acontecimiento surgido como todas las pandemias por sorpresa, pero seguramente estaremos de acuerdo que la primera sorpresa es que se ha acogido —su surgimiento, su enorme expansión y las muy a menudo torpes decisiones para gestionarla— y las interminables y duraderas limitaciones de la vida colectiva y libertades, con cierta tranquilidad, si se quiere con asentimiento por la mayoría de la población y aún lo que es más relevante, sin estallidos de protesta duraderos ni manifestaciones de rechazo importantes. Con motivo de informaciones atribuyendo riesgos a la vacunación con la de Astra Zeneca, en abril de 2021 hubo numerosos rechazos a acudir a centros de vacunación. En algunos días, en Madrid, solo confirmaron su asistencia el 45 % de las personas citadas (cit. *Economista* 9 abril 2021) pero estas actitudes fueron de corta duración y, al parecer, en su mayoría terminaron por aceptar ser vacunados.

Las actitudes de rechazo probablemente en España han sido menos frecuentes porque el cuestionamiento de la propia epidemia y su vacunación ha contado con muy escasas personalidades notables que arrastraran a la población y, desde luego, nada comparables a lo de países como en USA donde el propio Presidente Trump alentó los rechazos.

Los tiempos hoy son bien diferentes a los de un desaparecido pasado cuando el romanticismo idealizó la enfermedad exaltando el rostro pálido convertido incluso en moda. Y todavía no han surgido novelistas exitosos como Camus con *La Peste* o el más cercano José Saramago *Ensayo sobre la Ceguera* (e.o. 1995 en portugués, en español 11 edición Alfaguara 2007) que nos hayan dejado creaciones literarias brillantes con el pesar del dolor y el reflejo de nuestras rutinas de días sin historia pero sometidos al drama. La pandemia además aparece en occidente en un contexto hostil. En los países desarrollados la salud, los estilos de vida saludables, la alimentación y la vida sana y deportiva se ha convertido en casi una religión. En ese escenario los riesgos de una epidemia alarman tanto como la propia pandemia; el miedo alimenta en extremo la precaución y el rechazo a la enfermedad.

Muchas veces se ha repetido la máxima que una muerte es una tragedia pero un millón de muertes una mera estadística que, como todos los aforismos cuenta con alguna verosimilitud. Es posible que así se haya vivido pero

con enorme trascendencia colectiva. La preocupación y temor ha sido notorio entre la población. Solo un dato: el discurso del Presidente de Gobierno Sánchez por TV cuando anunció el cierre total y el confinamiento de la población el 14 de marzo de 2020, fue seguido por 18 millones de personas; 1,4 millones más que las campanadas del 31 de diciembre de 2019 (*El Mundo* 12 febrero 2021). Las noticias sobre la pandemia ocupan buena parte de los informativos de Televisión y en la prensa, e incluso en las redes sociales los debates y censuras a unos y otros han sido y siguen siendo continuos. Y es probable que se haya traducido incluso en el habla; a lo mejor en España ha sucedido algo análogo a Alemania, donde el *Leibnitz Institute* ha identificado 1.200 nuevas palabras surgidas en el último año, inspiradas o relacionadas con la pandemia (*El Mundo* 9 marzo 2021). En España los frutos han sido más modestos al menos en el caso del vocabulario técnico; el *Diccionario de Términos Médicos* de la Real Academia Nacional de Medicina, en su actualización de 2021, ha incorporado 160 términos relacionados con el Covid.

Una catástrofe que ha contado con el gran acierto de la intensísima movilización de los investigadores de todo el mundo cuyo papel se ha destacado mucho menos que el merecido reconocimiento al personal sanitario. Su respuesta ha tenido resultados todo lo rápidos que necesitaba la gravedad de los males sufridos por las poblaciones de todo el mundo; pronto se han descubierto vacunas y comenzado a vacunar a millones de personas y todo ello, conviene adelantarlo, por empresas privadas. Pero esos logros son solo la materialización de un gigantesco esfuerzo investigador. Se ha indicado por un conocedor de la materia que la pandemia ha suscitado ya más de 110.000 artículos y además el problema ha favorecido algo que conviene impedir que sea transitorio: la intensa cooperación entre centros e investigadores de múltiples lugares del mundo (Los artículos publicados en: López Goñi 2021). La globalización del mal ha venido acompañada por fortuna de la globalización de los remedios, aunque el reparto de las vacunas diste de ser simétrico.

Una pandemia que, al revés de tantas otras del pasado, carece de rasgos externos que la identifiquen o denoten, lo que por cierto obstaculiza la aparición de estigmas negativos contra los afectados, salvo en su evolución más grave. Los enfermos no padecen un deterioro físico visible, como en pasadas pestes o incluso con el SIDA que ya avanzado generaba un deterioro corporal muy acusado. No está vinculada a enfermedades, ni a pobreza, ni a carencia de recursos médicos, ni a prácticas como el alcoholismo, o a falta de higiene. Ningún signo externo anuncia padecer al menos en sus inicios esta pandemia, como sucedió tantas veces en nuestro pasado histórico en que signos corporales visibles desencadenaban rechazos y hasta agresiones a los damnificados. Pero eso no impidió, al inicio de la pandemia, la emergencia de hostilidades más o menos larvadas precisamente contra madrileños desplazados a sus segundas residencias en el litoral, acusados de difundir el virus; pronto se asumió que todos podíamos padecerla y difundirla.

Pero no estamos en presencia de un acontecimiento que afecte solo a la salud mundial. Se trata de un hecho que emerge en la época de la razón, de la investigación, del conocimiento, sin embargo rodeada de incógnitas y misterios. La pandemia nos ha evidenciado los límites de nuestros conocimientos, de nuestras insuficiencias organizativas y de nuestra capacidad de afrontar crisis sanitarias; incluso de nuestra legislación en un país con más normas, reglamentos y leyes que piedras, pero no sobre una inmensa laguna para abordar la pandemia. En un escenario de fascinación por nuestros avances tecnológicos, incluso con adelantos como en la investigación espacial, la difusión del virus chino, la incapacidad para cortar su rápida difusión y su expansión universal y la pausa hasta el logro de vacunas efectivas, pone de relieve los sustantivos límites de nuestro conocimiento y habilidades de organizaciones públicas y privadas. La masiva producción y la compleja distribución —entre otras razones por la necesidad de conservar las vacunas a muy bajas temperaturas— incrementan la magnitud del desafío en la era de la razón.

### **Lo innombrable: el virus chino**

Entre las no pocas sorpresas que esconde la pandemia, una de ellas es desde luego su propia denominación. Nadie ha discutido su origen geográfico: por doquier se acepta que la pandemia surgió en China desde donde se difundió a todo el planeta. Pero eso no impide constatar la singular trayectoria de la propia denominación de esta peste del siglo XXI, que ha finalizado por hacer desaparecer su origen territorial, misteriosamente. Un asunto pleno de incongruencias y paradojas sobre su propia denominación. En sus inicios, las informaciones utilizaron la denominación de Virus Chino, pero pronto desapareció el uso de la identificación geográfica sin que se sepa, ni bien ni mal, la razón de ello. Las evidencias indican que se trata de una determinación territorial acertada porque nadie ha discutido sino acreditado fehacientemente que surgió en China sea cual fuera la forma de transmitirse originariamente. Pero el nombre de China desaparece y pasa a reconvertirse en Covid-19 y eso es paradójico porque no se conocen los impulsos y motivaciones de esta misteriosa reconversión que omite el territorio de origen.

Hay precedentes de la determinación geográfica en el nombre de las pandemias; buen ejemplo de ello es el uso generalizado de la «Gripe española» a la que asoló el planeta en 1918 y 1919 (Eseverri 1993). Una denominación que se sabe es incorrecta pero que fue etiquetada así al ser España neutral en la Guerra Mundial con lo que se desplazaba el problema y la responsabilidad hacía un país ajeno a las batallas y sus sufrimientos.

Nadie discute que la conocida como «Gripe española de 1918» no fue española, pero quedó bautizada con nuestra geografía y así se la identifica mundialmente. Pero misteriosamente China ha desaparecido de un origen de

un virus que todo el mundo acepta como cierto que vino de allí. ¿Por qué se empezó denominando virus chino y qué y por quiénes desarrollaron acciones para cambiarlo por la pandemia o virus 19? Han tenido más suerte —o mayor capacidad e influencia de defensa de sus intereses de España que ha quedado bautizada para siempre por la mistificación de la «Gripe española»<sup>2</sup>.

No hay que desechar que la desaparición del origen geográfico en la denominación del virus guarde relación con la discusión del origen del propio virus, no el geográfico sino su propio origen o naturaleza, en lo que no hay acuerdo generalizado. Es sabido que hay dos teorías, una que surgió desde el mundo animal por el contacto humano con un animal contagiado, se menciona siempre un murciélago, y otra por un error o accidente desde un laboratorio de Virología por una fuga accidental, en ambos casos en Wuhan (China). Naturalmente el debate sobre el origen se cruza con realidades y estrategias políticas; China es un país sin libertades ni democracia y la atribución del error como génesis del virus concierne al propio Régimen Autoritario, mientras que su atribución a la naturaleza animal lo exime de la responsabilidad directa de la tragedia. La ausencia de libertades, la tardanza en las alertas, las represalias con los médicos que detectaron inicialmente el problema, el intenso control político de la información, todo ello alimenta sospechas y desconfianzas sobre lo verdaderamente sucedido en el origen. El reconocimiento, o la prueba, del error o del vínculo con el laboratorio, se convierte en una imputación a todo un sistema social y político como el Chino.

Se trata de un problema —esencial— pero hoy insoluble. Y se han dado pasos que alimentan las dudas. El propio equipo de expertos de la Organización Mundial de la Salud enviado a China, concluyó su investigación a finales de marzo de 2021, pero no dio una respuesta concluyente. Su informe sostiene que es «extremadamente improbable» que el patógeno saliera de un laboratorio en 2019 y no recomienda más investigación al respecto, pero otros numerosos expertos en genética y en virología sostienen que la hipótesis de su surgimiento en el laboratorio sigue siendo plausible, y el propio Director General de la OMS ha declarado que esa hipótesis requiere más investigación. Una teoría que suscita clara hostilidad en China. (*The Economist*, abril 3rd 2021, p. 47).

---

<sup>2</sup> La conocida como «Gripe Española», fue una epidemia surgida en Kansas —Estados Unidos— en marzo de 1918 y en cuatro meses dio la vuelta al mundo; dada la escasez de vuelos en la época, fue transmitida sobre todo por ferrocarriles y buques, y distribuida también por los soldados de la guerra mundial en sus vacaciones y regreso a sus domicilios y la cuarta parte de la población mundial contrajo la gripe; mientras que la primera guerra mundial ocasionó 15 millones de muertes, esa gripe contagió a un tercio de la población mundial de entonces y fallecieron entre 20 y 50 millones de personas en todo el mundo; Eseevri, 1993, Altez y Giner Abati 2020, pp. 65 y 218.

Pero el debate sigue abierto. Son numerosos los acreditados especialistas mundiales que no se dan por satisfechos con las explicaciones dadas sobre el origen, y se han manifestado reiteradamente en las mejores Revistas de la profesión; entre ellas en *Science* donde 18 acreditados científicos publicaron una carta asegurando que la hipótesis del accidente en el Laboratorio era una hipótesis factible que requería ser investigado. También numerosos científicos en USA hasta el punto que el nuevo Presidente, Joe Biden, a finales de mayo de 2021 ordenó a los servicios de inteligencia que le proporcionen en 90 días un informe sobre los orígenes de la pandemia, incluyendo el examen de la teoría de que provino de una fuga en un laboratorio de Virología de Wuhan; una investigación apoyada en junio por la Unión Europea. Ya en julio de 2021, el Director de la OMS propuso nuevas investigaciones de sus expertos, entre ellas en los centros de investigación donde se identificaron los primeros casos de covid en diciembre de 2019, y ha pedido que China sea transparente y coopere; lo que ya alimenta la interpretación sobre que no lo ha sido y, en todo caso, no parece vaya a suceder, de nuevo, porque considera que tras esa hipótesis hay motivos políticos. Pero ningún esfuerzo parece haber dado resultados satisfactorios; el trabajo encargado por Biden refleja la resistencia de Pekin a ofrecer más información, en especial sobre los eventuales avatares sucedidos en el Laboratorio que pudieran fundamentar la teoría del accidente en el Instituto de Virología (*El País*, 23 julio 2021, y *El Mundo*, 26 agosto 2021; un excelente análisis del debate político y científico hasta ese momento en *The Economist*, 21 agosto 2021).

Lo correcto y preciso con arreglo a precedentes como el de la Gripe —aunque se le añadiera una interesada falsedad geográfica de española— sería denominarlo virus chino, y así lo emplearé aquí cuando convenga. Es además congruente con un uso generalizado en los derivados de dicho mal. Variantes de ese virus chino sí tienen libre circulación con especificación de sus orígenes geográficos con toda naturalidad. Así se escribe y habla continuamente de la variante o cepa brasileña, la variante británica, la variante India, la variante colombiana, la variante surafricana etc. ¿Por qué se identifican los lugares donde surgen variantes y al mismo tiempo se oculta el lugar esencial origen de todo lo sucedido? No parece correcto este dispar y discriminante tratamiento geográfico que solo sirve para ocultar la génesis de este mal que nadie ha discutido que, por unas u otras vías, provenga de China. La síntesis de la cuestión la escribió un buen analista de la realidad, el periodista Arcadi Espada al decir que: «Si China fuera una democracia convencional, la información sobre la amenaza vírica habría circulado con mayor rapidez y garantía y probablemente habría permitido una respuesta más eficaz. Se discute si el virus se escapó o no de un laboratorio. Es importante saberlo, pero aún más reconocer que, en cualquier caso, el virus escapó de China, un lugar donde lo único cierto es el desprecio

de los derechos humanos, entre ellos el de la información» (en «No hay opción» Diario *El Mundo*, 19 agosto 2021)<sup>3</sup>.

Se denomine como se denomine, lo cierto es que los nombres empleados resaltan la dimensión sanitaria y de salud pública. Pero no debe olvidarse que se trata de una realidad que desborda por completo ese limitado confinamiento. Es una epidemia que arrastra a toda la sociedad después de reducirla por la mortalidad; lo económico, lo demográfico, lo político, lo cultural, la vida cotidiana, la actividad laboral y hasta las ilusiones y sueños, todo se ve afectado. Por eso sus efectos son plurales, simultáneos, interrelacionados, agravados porque no existe —o nadie se atreve a pronosticar— un fin concluyente de este mal del siglo XXI.

### **Un estilo castizo de gestión de la pandemia**

En todos los países han existido discrepancias y desaciertos en la gestión de un problema tan grave, complejo, sorpresivo, difícil de afrontar y necesariamente lento en las soluciones hasta la comprobación de la validez de las vacunas.

Si hay algo esencial para el control de una epidemia contagiosa, es la inmediatez en afrontar el problema desde los primeros indicios; lo mismo que sucede con los incendios. Es esencial la rapidez en la adopción de medidas de precaución y control desde sus primeras manifestaciones. Y en ello, la lentitud en todo el mundo ha sido una de las causas de la extensión universal del mal, algo en lo que tanto China como la OMS tienen su parte importante de responsabilidad. Pero en España se han hecho aportaciones adicionales en la mala gestión, retrasando el afrontamiento del problema.

Hay muchos testimonios de mala gestión y retrasos deliberados en la organización de medidas para hacer frente al problema. Uno bien grave y notorio se materializó al rechazar las demandas de especialistas sanitarios para investigar las causas de un fallecimiento que a la postre se comprobó que se debió al coronavirus. Y sucedió en momentos decisivos para su adecuado control; los hechos fueron así: «El 13 de febrero de 2020, los médicos del hospital público de Valencia Aranu de Vilanova lucharon sin éxito por obtener autoriza-

---

<sup>3</sup> Acreditados virólogos alemanes alertaban en 1991 que prácticas agropecuarias usadas en China y sudeste asiático son un nicho ecológico ideal para desencadenar nuevas pandemias aunque se refería a la gripe porque sus granjas: «integran aves de corral, la cría de cerdos, y el cultivo de peces, cada uno de los cuales se alimenta de los desechos de los demás animales y de la propia actividad del agricultor. De esta forma se brinda una magnífica ocasión para el intercambio, recombinación y replicación del virus de la gripe y puede ser una razón por la cual las grandes pandemias tienen, casi siempre, un origen asiático»: en Everseiri 1993, p. 11.

ción de las autoridades sanitarias de la Comunidad (y del Estado) para que se hicieran las pruebas de coronavirus a las muestras que habían tomado de un paciente de 69 años que había fallecido con síntomas que ellos sospechaban podían ser de Covid-19. Pero se estrellaron con la dura realidad: los correspondientes órganos de planificación central sanitaria (Ministerio de Sanidad en Madrid y Consejería de Sanidad de la Comunidad Autónoma) denegaron reiteradamente la autorización pues el paciente sospechoso (que muchas semanas después sí que se demostró que había fallecido por Covid) no reunía las condiciones que previamente (el 24 de enero) habían sido fijadas por la autoridad, a saber: haber viajado a Wuhan en los 14 días anteriores al inicio de los síntomas o haber estado en contacto con personas diagnosticadas con la enfermedad» (Huerta de Soto 2021 pág. 34).

Es un hecho que las primeras alertas no fueron atendidas debidamente. A principios de 2020, ya la OMS alertó de la pandemia en reuniones con presencia de representantes oficiales españoles pero que no conllevaron la adopción de medidas de precaución ni compra de materiales. Tampoco sirvieron las alertas de la propia policía en enero de ese año, sino que se sancionó a quien sí las adoptó. Es sabido que el Ministro del Interior destituyó, tres meses antes de jubilarse, a D. José Antonio Nieto, encargado de Prevención de Riesgos Laborales de la Policía Nacional, porque alertó a final de enero para adquirir material sanitario para evitar el contagio del Cuerpo (*El Mundo*, 4 abril 2021).

El primer error grave en España fue resultado de la pretensión de tranquilizar a la población atribuyendo escasa gravedad a los riesgos que comportaba el virus chino. Y ello desde responsables de la sanidad pública. Se han transmitido con toda seguridad mensajes a la ciudadanía, que pronto han quedado como manifiestamente falsos. Quizá en el cuadro de honor de este tipo de hechos se encuentra uno de los conocidos pronósticos del portavoz oficial en este problema, D. Fernando Simón, quien al inicio de la pandemia pronosticó que en España la enfermedad no parece «ser excesivamente transmisible» y que «España no va a tener, como mucho, más allá de algún caso diagnosticado» (*ABC*, 31 enero 2020). No menos pintoresca fue aquella declaración de la Ministra Ribera explicando la irregular incidencia de la pandemia por una razón geográfica digna de premio Nobel: el virus ha afectado menos en Portugal porque tiene una situación excepcional más al oeste que España; respuesta además etnocéntrica porque claro, a su vez, se encuentra al este del continente de América.

La transmisión a la población de mensajes oficiales tranquilizadores agravó sin duda el problema. Porque además vino acompañada por una medida claramente contraproducente, al desaconsejar el uso de mascarillas. El portavoz oficial de Sanidad, don Fernando Simón y el Ministro de Sanidad Sr. Illa, el 25 y 26 de febrero, desaconsejaban el uso de mascarillas y decían que «no tenían ningún sentido» que las personas sanas usasen mascarillas, y «desaconse-

«jaba ir con mascarillas por la calle». Durante todo marzo 2020 se sucedieron declaraciones de responsables en el mismo sentido; todavía el 24 de marzo, diez días después de declarar el estado de alarma, el Ministerio de Sanidad difundía a los españoles el mensaje de que: «si estás sano, no es necesario la mascarilla».

El 10 de abril cambian los mensajes del Gobierno y comienzan a recomendar el uso de mascarillas para los viajeros de transporte público y se anunciaba que se repartirían en estaciones de metro y autobús —es decir, un mes después de declararse el estado de alarma—; y todavía el 29 de abril el propio Sr. Simón, en la cadena Ser, declara que el uso no era obligatorio pero sí había una «recomendación fuerte» de emplearla. A principios de mayo, la Comunidad de Madrid anunciaba que entregaría a los madrileños una mascarilla, el día 8 el Sr. Simón declara que «es una buena medida para las personas sanas» y unos días después, el Ministerio de Consumo emitía un comunicado en el que aseguraba que esas mascarillas solo están recomendadas para profesionales y colectivos vulnerables por prescripción médica. Y el 4 de mayo el Ministerio de Transportes ya establece la obligatoriedad de su uso en los usuarios de transportes. Y el 17 de mayo la Ministra portavoz del Gobierno anuncia que se regulará la «obligatoriedad» de su uso en espacios públicos. Es decir, hay dos meses de retraso en la decisión del Gobierno de imponer el uso de mascarillas, dos meses desde la declaración del estado de alerta, no de las primeras alertas sobre la cuestión (Información en Libre Mercado, el 18 mayo 2020). Posteriormente se reconoció que lo desaconsejaban debido a carecer de mascarillas, con lo que un gran número de personas se puso a fabricarlas artesanalmente y no pocas empresas a importarlas y donarlas sin publicidad para evitar ser criticadas.

Se tardó más de lo debido en recomendar a la población medidas de precaución porque no se disponían de mascarillas. Las más rápidas se consiguieron gracias a millones de mascarillas donadas por cierto por empresas, que pudorosamente lo ocultaron para evitar ser censuradas por su donación, así como a la elaboración artesanal de innumerables grupos de voluntarios, asociaciones y vecindario; nunca ha habido aplausos ni elogios para ellos, y me parece justo consignarlo. Cuando se lograron poner a la venta, engañaron con el precio hasta el punto de que el Comisario Europeo de Asuntos Económicos tuvo que desmentir lo afirmado reiteradamente por la Ministra de Hacienda de España que nuestro país no podía bajar el IVA de las mascarillas porque lo impedía Bruselas. Con el desmentido de Bruselas no hubo más remedio que bajar el mencionado IVA.

Los avatares de la mascarilla se entrecruzaron con el vivo debate y discrepancia con motivo de la autorización, y llamadas a la participación, de la manifestación feminista del 8 de marzo de 2020. Hubo indicaciones para suspenderla dados los riesgos de una concentración humana multitudinaria, pero

fueron desechados. No se hizo caso; una semana antes que tuviera que declararse el estado de alarma en todo el país, se autorizaron las manifestaciones en todas las ciudades aunque la más numerosa se produjo en Madrid. Personas en puestos de responsabilidad hicieron afirmaciones pintorescas lo que redundó en la erosión de la percepción de los riesgos del virus. La Ministra de Igualdad, Irene Montero, afirmó un argumento de interpretación cabalística al decir que «La pandemia ha sido una impugnación del machismo y los valores patriarcales» y en la propia manifestación se gritaba «el machismo mata más que el virus», lo cual es notoriamente falso pues en algo más de un año el virus ha matado solo en España unas 125.000 personas<sup>4</sup>.

Al margen de las peculiaridades acaecidas en la gestión de la pandemia, lo que hay que resaltar es una debilidad de fondo en la estrategia seguida por España. Nuestro país no ha acudido a expertos exteriores a la propia Administración para hacer frente a la pandemia, como otros muchos sí han hecho; una decisión que no parece acertada en exceso.

Gran número de democracias han empleado esta estrategia. Hace un año Tamames recordó que para abordar la crisis de la pandemia, algunos países habían creado una Comisión de Sabios, como es el caso de la Francia de Macron, que reunió a 20 economistas, encabezados por Krugmann y Tirole, ambos Premio Nobel, más Larry Summers, Blanchard y otros, para que en dos meses ofrecieran su diagnóstico y recomendaciones. A semejanza a lo sucedido en 1928 en Inglaterra con la Comisión McMillan sobre la Gran Depresión (con Keynes como protagonista) y en 1926 en España con la Comisión del Patrón Oro, presidida por Antonio Flores de Lemus. En el caso de Italia, Vittorio Colao, formado en Harvard e importante empresario, ex consejero delegado de Vodafone, fue designado por el Presidente de la República, para diseñar el Plan de Reconstrucción Nacional. Formó un grupo de trabajo de 17 expertos, que reunidos desde abril presentaron en junio un informe de 126 páginas con 102 medidas (Tamames, 2020 p. 368). Conviene constatar además que en Italia fue la Cámara de Diputados la que aprobó —por 442 votos a favor, 19 en contra y 51 abstenciones— el plan, tras su intensa negociación con todos los sectores del país. En el caso de Estados Unidos, también

---

<sup>4</sup> González Alcantud ha situado las manifestaciones del 8-M en el contexto de tensiones dentro del Gobierno de izquierdas: «Este año de 2020 presentaba una singularidad, puesto que se acaba de constituir un gobierno de izquierdas con participación socialista y de los populistas de izquierda, que habían hecho de los derechos de género uno de sus puntos programáticos más fuertes. El 8-M se había convertido incluso en un tour de forcé dentro del gobierno en torno a una precipitada ley que defendía los derechos de género. Los populistas de izquierda querían hacer de aquel día de 2020 un triunfo visible de sus políticas. Aunque ya se conocía la gravedad de la pandemia que solo una semana después obligaría a decretar el estado de alarma y la inmovilidad de todo el país, dado que el virus golpeó brutalmente, las manifestaciones no fueron desconvocadas, sino alentadas. Es cierto que otros actos de masas fueron autorizados, pero ninguno de la envergadura de este. Y otros, además, habían sido prohibidos previamente aduciendo la gravedad de la situación»; González Alcantud 2020, p. 41.

opera una Comisión de Expertos con amplias capacidades. También Grecia organizó el Plan tras una estrategia de crecimiento económica diseñada por el Premio Nobel Christopher Pissarides.

Aquí en España, no; aquí las cosas se han hecho de diferente manera. Aquí se ha renunciado a designar especialistas acreditados ajenos a la administración pública —fueran empresarios, o académicos, o especialistas en nuevas tecnologías, varones o mujeres— y ha operado con funcionarios de dentro de la propia administración. Es obvio que ni los de dentro ni los de fuera del sector público ofrecen a priori garantía de pleno acierto. Pero no podrá negarse que, a la postre, los de fuera añaden o incrementan el caudal de conocimientos que pueda contar ya a su servicio la administración con los muy variados cuerpos de funcionarios. Por tanto lo que es innegable es que su aportación —de la calidad que se quiera— incrementa la cuantía de información para la decisión de la propia administración. De ahí que su contribución, fuera la que fuese, nunca sería negativa y sin embargo sí tendría que comportar dimensiones positivas, aunque fueran escasas. Y los criterios del reparto de los 140.000 millones de euros aportados por Europa, además de la estrategia de levantar una economía colapsada como la española, con unas tasas de paro sobre todo juvenil escandalosas y con un déficit público de 125 % del PIB, justifican —si es que no exigen, en pureza democrática— ampliar al máximo las aportaciones analíticas para afrontar un futuro con tantas incertidumbres.

En España no se buscaron fuera de la Administración a los sabios y se mantuvieron en secreto hasta que el Ministerio de Sanidad tras varias negativas se vio obligado a identificarlos por presiones muy variadas —y definitivas por la petición de un abogado acudiendo a la Ley de Transparencia—. Se trataba de un Comité Técnico integrado por funcionarios de diversas instituciones sanitarias o del CSIC, profesores etc, y presidido por Fernando Simón director del Centro de Coordinación de Alertas y Emergencias sanitarias que ha actuado de portavoz durante toda la pandemia; al tratarse de un Comité Técnico se informó posteriormente que no se elaboraban Actas de las reuniones y sus posibles acuerdos —lo cual en un asunto de tanta importancia colectiva no deja de ser incomprensible y, a mi juicio, censurable—, por lo que nada se puede constatar ni de su utilidad, ni de su acierto, ni de la asunción o no de sus criterios por los responsables políticos. Unos meses antes, en abril de 2020 la Ministra de Transición Ecológica y el de Ciencia se reunieron con un grupo de 16 científicos, multidisciplinar, que según se dijo asesorará al Gobierno «en materias científicas relacionadas con el covid 19 y sus consecuencias futuras». Comenzará estudiando «el informe de la Academia de Ciencias de Alemania y su aplicabilidad a la situación actual de España. También hará propuestas en líneas de experimentación necesarias para la obtención de datos útiles para la toma de decisiones. Posteriormente se encargará de realizar propuestas sobre el fomento de la investigación» (*El Economista*, 22 abril 2020). Pero nada ha trascendido de la ac-

tividad de ese grupo ni si sus propuestas figuran en un documento escrito o se elevaron en conversaciones sin que quede constancia oficial.

Como cualquier ciudadano, deseo ardientemente acierto y éxito en la gestión de la pandemia y en la recuperación económica. Pero como observador tengo mis temores de que no se estén haciendo las cosas bien. Por lo menos las primeras decisiones han sido controvertidas, e incluso han generado denuncias en el Parlamento Europeo. Conceder 53 millones a la empresa Plus Ultra que tiene uno o dos aviones parece un mal paso. Pero los demás ofrecen motivos de seria preocupación. Los planes proceden exclusivamente de la Administración central y, que se sepa, no ha contado con la colaboración ni de las CC. AA., ni de los Ayuntamientos, ni de la CEOE, ni de los sindicatos, ni de las pequeñas y medianas empresas. No es lo sucedido en la mayoría de países de la UE<sup>5</sup>.

### **Estimaciones de datos de la pandemia**

Si algo concluyente puede afirmarse sobre la pandemia es la extraordinaria confusión producida en la difusión de datos de todos los niveles de afectados por la pandemia, en sus diversos gradientes. Los datos de afectados, hospitalizados y fallecidos han sido discutidos desde el inicio de la pandemia. A lo cual habría que añadir que han sido presentados con harta frecuencia de manera técnicamente discutible o sencillamente errónea.

Juan Díez Nicolás, acogiendo al título de un célebre libro de la materia, recordó muy oportunamente que las estadísticas no mienten, pero sí se puede mentir con estadísticas, al tiempo que desmontaba los errores e imprecisiones difundidos sobre la magnitud de la pandemia. Y es notorio que, voluntaria o involuntariamente, la difusión de datos ha inducido a engaño a la población con harta frecuencia. Se han utilizado datos brutos, no se han determinado su alcance temporal, las autoridades han modificado varias veces de criterio para la definición de la causa de la muerte, a veces ha bastado con el certificado de una autoridad sanitaria, otras veces se ha exigido autopsia y certificación sanitaria. Lo cual no solo confunde a quien sigue la información, sino que complica obviamente aún más la comparabilidad de los datos, tanto entre territorios

---

<sup>5</sup> Sobre los Fondos Europeos véase el documento de Círculo Cívico de Opinión de 23 abril 2021; Luis Garicano economista, y en la política Jefe de la delegación de Ciudadanos en el Parlamento Europeo, ha denunciado esa falta de transparencia de unos planes elaborados sin luz ni taquígrafos y «claro ejemplo de ello es la creación de un consorcio público (PERTE) con [la empresa automovilística] Volkswagen e Iberdrola, adjudicado con nombres y apellidos a través de una columna de opinión firmada por el propio presidente del Gobierno, sin siquiera respetar el procedimiento establecido mediante Real Decreto-ley: ni convocatoria pública, ni registro para las empresas interesadas. Sin darle la oportunidad a PSA-Citroën en Vigo, Renault en Valladolid o Ford en Valencia de competir y presentar sus propuestas para baterías y coches eléctricos», en: «Solo valen los hechos, no las palabras», Diario *El Mundo* 22 abril 2021.

como en el tiempo. Los datos deben siempre proporcionarse en tasas o en proporciones, para permitir su comparabilidad y contraste con los de otros países, regiones o ciudades. Por eso recuerda Díez Nicolás que los datos han de ser válidos —es decir, medir lo que dicen medir y no otra cosa— y fiables —es decir que sucesivas mediciones proporcionen los mismos resultados—. Y con arreglo a esas imprescindibles bases, precisa los indicadores más difundidos:

1. Número de contagiados. Cualquier cifra que se dé está subestimada porque para que fuera correcta requeriría test de análisis de toda la población (adulta o franja determinada de edad o general) del territorio que se trate (ciudad, provincia, región o España).

2. Número de ingresados. Es un dato preciso de registro hospitalario. En momentos iniciales de la pandemia, con falta de respiradores debió haber rechazos a ingresos de pacientes, por eso en algunos momentos puede reflejar subestimación pero es un dato preciso y fiable.

3. Número de atendidos en UCI. También es un dato de registro hospitalario preciso aunque, también, en momentos concretos por falta de camas con medios técnicos adecuados hayan rechazado ingresos en la UCI; por tanto también puede haber subregistros en fechas concretas.

4. Número de fallecidos. Aunque parezca el más obvio, en la práctica también está sometido a imprecisión en España, ya que sólo se considera «fallecidos» por el virus a quienes se les haya practicado la autopsia que lo certifique. Y es una de las razones de la subestimación de este dato porque, como es sabido, han sido muchos los fallecidos, sobre todo al inicio de la pandemia, sin que una autopsia lo acreditara.

5. Número de curados. Se incluyen como tales los hospitalizados que han sido dados de alta, lo cual permite seguir la evolución de la población con gravedad que ha requerido atención hospitalaria, pero no refleja la situación general de la población pues, como es notorio, un elevado porcentaje de afectados por el virus no llega a requerir atención hospitalaria (sobre todo ello en: Díez Nicolás 2020 y 2021 y en el más reciente detalla la minuciosa lista de indicadores adecuados para el análisis riguroso de la pandemia).

Desde luego si en algo hemos sido medievales ha sido en la imprecisión en el número de fallecidos. Las informaciones oficiales dadas han sido inferiores a las reales, sobre todo al inicio de la pandemia, en su primera y más mortífera ola, cuando ni existían vacunas ni suficientes equipamientos hospitalarios —faltaron incluso instrumentos para evitar contagios de los sanitarios—.

Por eso las cifras oficiales ofrecen un número de fallecidos inferior a los realmente generados por la pandemia, sobre todo en la primera ola, la más

mortífera. El propio Instituto Nacional de Estadística desmintió las cifras oficiales; en la primera ola las cifras oficiales proporcionadas por los portavoces ocultaban 18.557 fallecidos. Según el INE entre marzo y mayo no murieron los poco más de 28.000 que reconocía el Ministerio de Sanidad, sino que la cifra superó los 45.000. Es decir un 68 % más de fallecidos que los reconocidos oficialmente (*OK Diario*, 10 abril 2021). El elevado número de fallecidos sea sin atención por el sistema sanitario o por fallecer en residencias, permitió la reducción artificial de fallecidos que sin embargo sí son estimados por el INE. En esto hemos sido medievales; no hemos logrado determinar con precisión el número de fallecidos. A fecha de inicios de junio de 2021 las estadísticas oficiales reconocen 80.049 fallecidos por coronavirus, y más de tres millones de personas afectadas.

Pero no solo se trata de cifras; es que se han hecho esfuerzos ineludibles en ocultar los cadáveres. Un asunto cargado de errores o engaños estadísticos acompañado de los esfuerzos para ocultar las muertes; una manera de rebajar la alarma ciudadana y tal vez sus censuras por la gestión. Los aplausos promovidos a las ocho de la tarde a los sanitarios desempeñaban desde luego la función latente de ocultar el coste humano de la pandemia. Al igual que la rígida normativa de limitar los asistentes a los entierros, los esfuerzos para impedir las fotografías de los féretros y todo lo que fuera sufrimiento y dolor, llevaba el mismo objetivo de ocultar la dimensión más amarga y obvia de la epidemia. Una estrategia oficial de ocultamiento sin precedentes en la historia, aunque fuera al precio de imponer la muerte sin acompañamiento, en plena soledad de cada víctima. Pero en conjunto instrumento extraordinariamente eficaz para controlar y limitar los efectos sociales de la pandemia. La ocultación de los ataúdes ha permitido mantener la muerte como un hecho abstracto, como fenómeno inmaterial, etéreo. Una muerte sin representación se convierte en un vacío de la existencia. La opacidad de la muerte ha hecho evanescente la muerte, descargada del drama que encierra y del dolor que suscita. Se convierte en un mero hecho estadístico y a la vez un enigma humano.

Una estrategia favorecida además por la desconcertante variación en el número de contagiados y fallecidos en virtud de cualquier variable analítica, de manera casi permanente desde la aparición del virus. Un avezado analista en el manejo de estadísticas y todo tipo de datos como Amando de Miguel constató, muy pronto, un hecho sorprendente: las variaciones internacionales o regionales, incluso dentro de las propias Comunidades, en las tasas de fallecidos por mor de la pandemia oscilaban erráticamente. Es decir, no se detecta una relación clara con las medidas de acción preventiva, con el uso de mascarillas, distancia física entre las personas, toque de queda, prohibición de actos gregarios, ritmo de vacunados e inmunizados, medidas concretas impulsadas por las Comunidades Autónomas, etc. Hay que sospechar, pues, la intervención de algunos factores desconocidos en la estadística de los contagios.

La incidencia de la pandemia esta siendo muy diferente según países y Comunidades Autónomas. Y sobre estas diferencias iniciales se superponen políticas con diferentes grados de eficacia e impacto. Las estrategias para hacerle frente han variado con mecanismos para abordarla. Así, en mayo de 2021, el porcentaje de población totalmente inmunizado —población con las dos dosis puestas— era en España más alto que en el Reino Unido. Este país había elegido una estrategia diferente, pues había optado por vacunar con la primera dosis a mayor porcentaje de población que en España, como medio para tener a más personas relativamente inmunizadas y esa estrategia parece haber dado resultados. Y dentro de España, ha habido variaciones incluso dentro de una misma Comunidad Autónoma.

No se crea que las polémicas sobre la fiabilidad de los datos de la pandemia hayan sido activadas por los medios de comunicación. La politización de los datos se ha producido a todos los niveles, incrementando las sospechas y confusión ciudadana. En un viaje oficial a África el Presidente de Gobierno, estando convocadas las elecciones en la Comunidad de Madrid, tuvo tiempo para acusar a esa Comunidad de falsear reduciendo los datos de la epidemia lo que, como algún periodista valoró (Ignacio Camacho, *ABC*, 12 abril 2021), solo cabe interpretar como que le disgustaba que fueran datos más bajos de lo que deseaba. Pero ese mismo día el portavoz de Sanidad Fernando Simón declaró que no le constaba que hubiera irregularidades y que la Comunidad de Madrid proporcionaba los datos con la misma sistemática que otras Comunidades. A lo que debe añadirse que es el propio organismo oficial, el INE, donde se desmintieron los datos difundidos por el portavoz, incrementando la mortalidad de la primera ola<sup>6</sup>.

No debe sorprender que un acontecimiento del calado e impacto en todas las dimensiones de la vida de ciudadanos de todo el mundo, pueda tener también impactos e instrumentalización política; sería sorprendente lo contrario. Por eso la politización se produjo, y no solo en España sino en todos los países, en todas las dimensiones del problema. No ha habido fase sin cuestionamiento. Se ha politizado la propia existencia de la pandemia por sectores negacionistas si no amplios por lo menos sí ruidosos (en Holanda, Bélgica, Alemania y Estados Unidos parecen más numerosos y radicales), la fabricación de vacunas, su compra, las entregas, distribución por países y luego dentro de ellos, la asignación de prioridades por edades o situaciones, la efectividad de las lagunas, la organización de los tratamientos, la racionalidad y legalidad de las medidas de confi-

---

<sup>6</sup> No han faltado errores que han alimentado la politización de los debates; en abril de 2021 se difundió que una ley recién debatida escondía una previsión de imposible cumplimiento al introducirse en el Senado, en una enmienda presentada por el PSOE, una previsión que comportaba la obligatoriedad del uso de mascarillas en todos los espacios públicos en las playas, sea cual fuera la distancia entre personas, sin que se exceptúe explícitamente dentro del agua; tuvo que ser rectificada de inmediato, pero alimentaba la percepción de desorganización en la gestión de la crisis y por tanto las censuras a la situación.

namiento así como la limitación de la movilidad, la obligatoriedad de la vacunación, etc. Está politizado hasta la cuantificación de los fallecimientos. Confinada gran parte de la población en gran número de Estados, su propia situación devenía obligadamente en tema central de sus reflexiones, preocupación de futuro y, en muchos casos, indignación. La politización nacía en la mente de todos los implicados en este insospechado protagonista del siglo XXI.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALTEZ, Rogelio, «Pandemia, desastres y procesos históricos», en MJ Buxó y JA González Alcantud (eds), *Pandemia y confinamiento. Aportes antropológicos sobre el malestar en la cultura global*, Ed. Universidad de Granada, 2020, 272 pp.
- DÍEZ NICOLÁS, Juan, «¿Son fiables las estadísticas publicadas sobre Covid 19?», AECYCA, 10 de abril 2020.
- «Desinformar con estadísticas», AECYCA, 11 abril 2021.
- ESEVERRI DÁVILA, Beatriz, *La Gripe Española. La pandemia de 1918-1919*, ed. CIS, Madrid 1993, 194 pp.
- GONZÁLEZ ALCANTUD, José Antonio, «Catástrofe, azar y culpa. Pensamiento sobre plagas históricas incluida la Covid 19» en MJ Buxó y JA Gz Alcantud (eds) *Pandemia y confinamiento. Aportes antropológicos sobre el malestar en la cultura global*, Ed. Universidad de Granada, 2020.
- HUERTA DE SOTO, Jesús, «Los efectos económicos de la pandemia: un análisis austriaco», *Procesos de Mercado: Revista Europea de Economía Política*, vol. 18, núm. 1, 2021 pp. 13-57.
- JORDÁ, Óscar, «Las secuelas de la pandemia de la covid 19», en *Papeles de Economía Española*, núm. 165; 2020, pp. 162-170.
- LÓPEZ GOÑI, Ignacio, Entrevistado en la Revista *Aceprensa*, 17 mayo 2021.
- PASQUALINO, Caterina, «Vivir juntos frente al contagio emocional» en MJ Buxó y JA González Alcantud (eds), *Pandemia y confinamiento. Aportes antropológicos sobre el malestar en la cultura global*, Ed. Universidad de Granada, 2020.
- SÁENZ DE MIERA, Antonio (ed), *El Impacto del 11-S [de 2001] en el sector filantrópico*, ed. Fundación BBVA, Madrid 2004, con aportaciones entre otras de Vallespín, González Seara, José Ignacio Wert o Andrés Ortega.
- TAMAMES, Ramón, «Cómo superar la pandemia. Algunas reflexiones y propuestas», *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, núm. 97, 2020.
- WOODCOCK, Alexander y DAVIS, Monte, *Teoría de las catástrofes*, ed. Cátedra, Madrid 1986.